

**EVOCACIÓN Y SEMBLANZA DE OSVALDO GUARIGLIA
(1938-2016)**

SAMUEL M. CABANCHIK

UBA/UNL/CONICET

El 2 de mayo de 2016 falleció Osvaldo Guariglia, aconteciendo así el final de una vida dedicada con intensidad a la investigación y el pensamiento filosóficos. Celebrar y recrear su legado es tarea de futuras generaciones, que encontrarán en Guariglia tanto una obra de significativa enjundia, como el magisterio forjador e inspirador de vocaciones filosóficas. El presente volumen, que reúne artículos de especialistas en cuyo trabajo se reconoce la huella de la enseñanza del maestro, quiere ser parte de esa celebración.

En relación a su formación como filósofo, cabe destacar que Guariglia llegó a la filosofía por caminos variados, más o menos alejados de los estudios estándares. En efecto, después de un breve paso por la carrera de medicina, fue orientándose paulatinamente a los estudios humanísticos, graduándose primero como Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires (UBA), con una tesis sobre Anaximandro, para alcanzar finalmente su doctorado en filosofía en la Universidad de Tubinga, Alemania, en donde profundizó su formación clásica con un trabajo de tesis sobre la lógica y la dialéctica en Aristóteles.

Los años ochenta y noventa lo tuvieron como una de las principales figuras de la filosofía argentina en todos los planos mencionados. Jalonan estos años algunos de sus principales libros, publicados en nuestro país, en Alemania y en Italia, como *Ideología, verdad y legitimación* (1986), *Universalismo y neoaristotelismo en la ética contemporánea*

(1995), *Moralidad. Ética universalista y sujeto moral* (1996) y *La ética en Aristóteles o la moral de la virtud* (1997), para mencionar solo algunos.

Pero su personalidad desbordante y enérgica, lo condujo a integrar el trabajo de comunicación de su producción reflexiva, con la actividad propia de un hombre de acción, por así decir, interviniendo como filósofo en el debate público de mayor riesgo, al pronunciarse sobre conflictos cruciales de esos años, como las llamadas leyes de “punto final” y “obediencia debida”, promulgadas bajo el gobierno de Raúl Alfonsín.

Mayor aún fue su protagonismo en el interior de la vida de las instituciones filosóficas argentinas. En este plano encontramos al hacedor de instituciones académicas perdurables, y el ejercicio, a la vez brioso y profesional, de la cátedra en el ámbito de la universidad pública.

Al respecto, cabe destacar: la fundación, junto a Eduardo Rabossi y muchos otros, de la Asociación filosófica Argentina (AFRA), - de la que también fuera presidente -; su condición de coeditor de la Revista Latinoamericana de Filosofía en el ámbito nacional y de la Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía en el internacional; su actividad institucional dentro de los órganos de gobierno de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en el Consejo Directivo y en la dirección del Instituto de filosofía Alejandro Korn.

Los quilates de su actuación y de su producción en esas décadas, bastaron para conquistar una creciente gravitación en el ámbito filosófico iberoamericano. Pero lejos de dormirse en esos laurales o demorarse en la autocompasión y lamer las heridas que le propinaran sus batallas de gladiador apasionado en el debate público, fue en la última década del siglo pasado que Guariglia llegó al mayor grado de integración de las diversas capas de su compleja personalidad. En efecto, a sus investigaciones clásicas, centradas en los ochenta y los noventa en la ética de Aristóteles y en la fundamentación de una moral normativa enraizada en la fuente del universalismo kantiano, se sumaron sus notables intentos de elaborar una fundamentación normativa de la democracia, posteriormente proyectada al esclarecimiento de las posibilidades de convivencia entre la soberanía de los estados nacionales y la regulación del derecho internacional.

En el entramado enrevesado de la moral, el derecho y la política, Guariglia terminó de tallar su concepción normativa de la democracia liberal, fuertemente inspirada en los aportes de las obras de Habermas y Rawls, las que encontraron en el suelo nutricio de su laboratorio, más que la receptividad de un continuador de escuela, distanciamientos críticos parciales y encomiables esfuerzos de superación.

A resultas del nuevo horizonte en el que se afianzó su pensamiento, nos legó nuevos libros de consulta, como *Una ética para el siglo XXI. Ética y derechos humanos en un tiempo posmetafísico* (2002), *En camino de una justicia global* (2010) entre otros, a los que recientemente se ha sumado su libro póstumo *Democracia, república, oligarquía*, obra en la que trabajó hasta sus últimos días. (Ver el comentario de Natalio Botana en el presente volumen).

Esta breve reseña nos permite apreciar la amplitud y profundidad de la obra de Guariglia, que se extiende, a partir de una base filológica sólida, desde los clásicos griegos, dentro de los que se destacó por su trabajo sobre la ética de Aristóteles, hasta los debates más actuales de la política, como lo muestran los aspectos más polémicos de su obra póstuma, en donde opone la democracia al populismo, como una expresión más de la oligarquía, en el sentido clásico de esta palabra.

El presente volumen homenajea y celebra al pensador de la mejor manera: a través del debate serio y comprometido de sus ideas, permitiendo ir al lector más allá de las fuentes. Muchos de los problemas discutidos, si bien enfocados dentro del terreno de la filosofía moral, se proyectan también de modo transversal a numerosas cuestiones filosóficas de sentido general, y que resumo en una palabra que ya estaba en el primer libro notable de Guariglia y que creo es una clave de su personalidad filosófica: *legitimación*.

Pocos meses antes de su muerte tuve la dicha de compartir con Guariglia un plenario en el XVII Congreso Nacional de Filosofía de AFRA. Su exposición, con esa confluencia de erudición, perspectiva histórica y análisis conceptual que caracteriza a sus textos, versó sobre lo que la filosofía puede aportarle a la política. Razonablemente, no se hacía demasiadas ilusiones, pero su incommovible confianza en el poder persuasivo de la argumentación racional, lo animaban a intentarlo una vez más.